



# EL DRAGÓN BAJO AALHOLM

Una aventura llena de fantasmas y secretos

# El dragón bajo Aalholm

Una aventura llena de fantasmas y secretos

Edición española

Traducción íntegra de la novela danesa Dragen under Aalholm.

Para lectores de 7 a 11 años. Doce capítulos, un epílogo histórico y fuentes.

El relato mezcla ficción, leyendas y detalles históricos. El epílogo explica las diferencias.

# Índice

|                                                    |    |
|----------------------------------------------------|----|
| 1 Una nada muy ruidosa . . . . .                   | 4  |
| 2 La Asociación de Fantasma Descontentos . . . . . | 9  |
| 3 Alguien le ha metido fuego al perro . . . . .    | 14 |
| 4 El rey puede, pero tú no . . . . .               | 19 |
| 5 Bodil quiere una disculpa . . . . .              | 23 |
| 6 Una chica que doblaba sábanas . . . . .          | 27 |
| 7 El ave que desapareció dos veces . . . . .       | 31 |
| 8 Salida sin billete de vuelta . . . . .           | 35 |
| 9 El libro azul . . . . .                          | 40 |
| 10 Max sin nombre . . . . .                        | 44 |
| 11 Un libro entero lleno de personas . . . . .     | 48 |
| 12 Solo había pasado un instante . . . . .         | 54 |
| ¿Qué hay de verdad en la historia? . . . . .       | 59 |
| Fuentes de las pistas históricas . . . . .         | 62 |

## CAPÍTULO 01

# Una nada muy ruidosa

En Aalholm había tres normas.

No se podía correr por las escaleras. No se podían tocar las armaduras. Y bajo ninguna circunstancia se podía abrir la pequeña puerta roja junto al guardarropa.

—¿Qué hay detrás? —preguntó Ella.

—Nada —contestó el hombre de las llaves.

Se llamaba Karl y era el encargado del mantenimiento. Llevaba un manojo de llaves tan enorme que Ella pensó que, o cuidaba de un castillo, o tenía un problema muy serio con los candados de bicicleta.

—Entonces, ¿por qué no podemos abrirla?

—Porque tiene que estar cerrada.

Karl siguió andando. Las llaves sonaban como cubiertos cayendo por una escalera.

Ella miró a su hermano pequeño.

—Eso no era una respuesta.

—Sí —dijo Max—. Solo que era mala.

Ella tenía diez años. Le gustaba conocer las normas, sobre todo para darse cuenta de cuándo los demás las usaban mal. Max tenía siete. En el bolsillo llevaba cuatro piedras, un botón y medio panecillo. Las piedras eran para una colección. El botón era para algo que aún no se le había ocurrido. El panecillo era para una emergencia.

Estaban en Aalholm porque su madre trabajaba con cuadros antiguos. Ese fin de semana tenía que examinar un trozo de pared. No parecía emocionante, pero había

traído tres bolsas, así que a la pared debía de pasarle algo grave.

El castillo estaba en restauración. Eso significaba que lo reparaban sin convertirlo en un polideportivo nuevo. Por todas partes había andamios, lámparas y cajas con mensajes muy firmes.

NO TOCAR.

CUIDADO.

ESTE LADO ARRIBA.

Max había ladeado la cabeza ante la última caja.

—¿Eso también funciona si estás boca abajo?

Su madre le había besado el pelo.

—Quedaos en las habitaciones que os ha enseñado Karl. Estoy justo al lado. Dentro de un ratito comemos.

—¿Cuánto de ratito?

—Media hora.

Los adultos usaban la palabra ratito con mucha libertad.

Ahora el sol se escondía tras los árboles. Ella había leído todos los carteles. Max había investigado si una armadura podía estornudar. Al parecer no, aunque solo se lo había preguntado una vez.

Entonces alguien llamó detrás de la pequeña puerta roja.

Tres golpes suaves.

Ella respondió llamando también.

—¡Ocupado! —gritó una voz.

Max tiró de su jersey.

—Es una nada muy ruidosa.

La puerta se abrió de golpe.

En el hueco había un hombre pequeño con una escobilla de váter en la mano. Llevaba un abrigo oscuro con botones brillantes y tenía la cara tan pálida que las orejas eran casi invisibles.

Los pies también.

En realidad, no estaban allí.

—La gente cree que solo flotamos de un lado a otro —dijo—. Pero también hay tareas prácticas, ¿sabéis?

Ella miró la escobilla y luego el sitio donde deberían estar sus pies.

—Eres un fantasma.

—Y tú estás delante del carro de la limpieza.

Un cubo se deslizó a través de sus piernas.

Ella saltó hacia atrás y chocó con Max, que dejó caer el panecillo.

El fantasma bajó la vista.

—La regla de los cinco segundos no vale en un suelo más antiguo que la electricidad.

—Ha caído por el lado de la corteza —dijo Max.

El hombre suspiró y le devolvió el pan. Sus dedos estaban frescos, pero podían sujetarlo sin problemas.

—¿Cómo puedes coger cosas? —preguntó Ella.

—Práctica. Los primeros cincuenta años fueron horribles. Uno se cansa mucho de que se le caiga el sombrero.

Metió la escobilla en el cubo y se arregló el abrigo. En el pecho llevaba una plaquita de latón.

ALFRED. VIGILANTE NOCTURNO.

Ella la leyó en voz alta.

El fantasma sonrió.

Entonces desapareció la F.

Se oyó un ruidito seco. Como una goma de borrar sobre el papel.

ALRED.

Alfred agarró la placa.

—Oh, no.

Su mano izquierda se volvió más fina. Ella podía ver el borde de la puerta a través de ella.

—¿Es normal? —preguntó.

—No. Normalmente me escribo con F.

Desapareció otra letra.

Max apretó el panecillo contra el pecho. Aquello parecía haberse convertido en una emergencia.

Ella corrió hasta la puerta de su madre y la empujó.

—¡Mamá! ¡Hay un fantasma que está perdiendo el nombre!

Su madre estaba sentada en el taburete, con un pincel en la mano.

No se movía.

Una gota de agua flotaba bajo el pincel. No caía.

Ella le tocó el brazo. Estaba caliente.

—¿Mamá?

A su espalda, Alfred dijo en voz baja:

—Ella está en la tarde corriente. Nosotros hemos entrado en la noche del castillo. Para ella será solo un instante.

—Pues sácanos otra vez.

—Normalmente puedo.

Ella se volvió.

—¿Normalmente?

Desde la puerta roja avanzaba una franja blanca por el suelo. No era luz. La luz de la lámpara desaparecía por donde pasaba.

Alfred cogió a los niños de la mano.

—Escuchadme muy bien. Si alguien os ofrece un castillo bonito y limpio, sin historias, decid que no.

—¿Aunque tenga piscina? —preguntó Max.

—Sobre todo si tiene piscina.

Corrieron.

Detrás de ellos, el cartel de la puerta quedó en blanco.

CAPÍTULO 02

# La Asociación de Fantasma Descontentos

Alfred los llevó por una puerta que Ella estaba segura de que no existía un momento antes.

Dentro, los fantasmas celebraban una reunión.

Una señora transparente presidía la mesa. Su vestido blanco ocupaba tres sillas. Un hombre con una bandeja iba y venía inquieto. Junto a la ventana, un caballo se comía la cortina.

—Ya hemos empezado —dijo la señora.

—Mi nombre está desapareciendo —dijo Alfred.

—Entonces deberías haber venido antes.

Ella contó seis fantasmas. Luego un séptimo la atravesó con una sopera.

—Perdona —dijo—. No te había visto.

Fue como si la adelantara una nevera.

—Esta es la Dama Blanca —dijo Alfred—. Lleva muchísimo tiempo viviendo aquí.

—Se le nota en el vestido —dijo Max.

Ella le dio un codazo.

La Dama Blanca se miró.

—Estaba de moda cuando me lo compré.

El caballo resopló.

—Tú no hables. Sigues llevando la misma silla de montar.

Un hombre pequeño con gorro de cocinero se presentó como Poul el Cocinero. Una chica sentada junto a un montón de sábanas dobladas se llamaba Maren. El hombre de la bandeja había olvidado su apellido, pero insistía en que las tazas debían estar alineadas.

—¿Estáis todos muertos? —preguntó Max.

—Estamos todos libres de ir al dentista —dijo Poul.

Alfred dejó su placa en la mesa. Ahora solo ponía AL.

Maren dejó caer una sábana.

La Dama Blanca se levantó tan deprisa que volcó dos de sus sillas.

—Ha empezado.

Fue a buscar un espejo y lo puso delante de Alfred. Una mejilla se le había vuelto borrosa.

Ella notó algo golpeándole con fuerza detrás de las costillas. Quería volver a una tarde corriente, con una madre corriente y una pared que se ocupara de sus asuntos.

—¿Quién ha empezado?

—El señor Blanco —dijo Maren.

Nadie se rio del nombre.

—Llegó esta noche —explicó Alfred—. Se ofreció a ordenar nuestros papeles. Ahora nos está quitando de en medio a nosotros.

—Me pareció conocer su voz —dijo Maren—. Pero cuanto más tiempo pasaba aquí, más me costaba recordar de dónde.

La Dama Blanca acercó una taza a Ella. Estaba vacía, pero Ella la cogió de todos modos. Daba tranquilidad sujetar algo con un asa.

—La noche del castillo está hecha de recuerdos —dijo la señora—. De personas, animales y cosas que pertenecieron a este lugar. Vivimos en las huellas que quedan. El señor Blanco elimina esas huellas y las reúne en un libro blanco.

Miró a los niños.

—Aquí dentro vosotros también dejáis huellas. No debe apoderarse de ellas.

—Entonces quemamos el libro —dijo Ella.

—Entonces nos quemas a nosotros —dijo Maren.

Ella dejó la taza.

—Perdón.

El caballo dejó de masticar.

La Dama Blanca señaló la ventana. Sobre los árboles, el cielo tenía un borde estrecho y oscuro.

—Cuando acaba la noche del castillo, las páginas se secan. Entonces lo que él haya borrado se pierde para nosotros para siempre. Si toda la noche queda en blanco, tampoco podremos abrir el camino hasta vuestra madre.

Alfred se encogió un poco. De pronto el abrigo le quedaba mal, como si hubiera menos Alfred dentro.

—Alfred —dijo Max.

El fantasma alzó la vista.

—Te llamas Alfred. Tenías una escobilla de váter. Y dijiste que no podía comerme el panecillo.

La F volvió a la placa.

Ella se inclinó sobre la mesa.

—Alfred, vigilante nocturno. Se te cayó el sombrero durante cincuenta años.

Apareció una R.

El fantasma enderezó la espalda. Su mejilla volvió a verse con claridad.

La Dama Blanca agarró la mano de Ella.

—Lo visteis antes de que lo borrarán. Recuerdos vivos.

—Yo también estoy vivo —dijo Max.

—Qué suerte.

Ella repitió el nombre entero. Ya podía leerlo otra vez en la placa. Pero quedaba una pequeña mancha blanca en la punta de la F.

—Eso lo mantiene aquí un tiempo —dijo la señora—. Pero hay que abrir el libro para recuperarlo todo.

Algo arañó dentro de la pared.

Una hoja blanca pasó bajo la puerta. Aterrizó sobre la mesa sin que nadie la tocara.

Decía:

DESORDEN REGISTRADO.

DOS NIÑOS SIN JUSTIFICACIÓN VÁLIDA.

—Tenemos una mamá —le dijo Max al papel.

Apareció otra línea.

ESO NO ES SUFICIENTE.

Poul se volvió el gorro del revés. Tenía aspecto de querer golpear a alguien con una cuchara de madera muy grande.

Alfred señaló una puerta estrecha detrás de la silla de Maren.

—Necesitamos ayuda del sótano.

—¿De quién? —preguntó Ella.

Un golpe profundo retumbó bajo el suelo. Las tazas saltaron.

El caballo se apartó con cuidado de la ventana.

—Oh —dijo la Dama Blanca—. Está despierto.

CAPÍTULO 03

# Alguien le ha metido fuego al perro

Alfred los llevó a la torre sureste.

Allí estaba la escalera secreta.

Ella la conocía por una fotografía del ordenador de su madre. En el mundo corriente se podía mirar hacia abajo a través de un cristal. En la noche del castillo había una abertura estrecha y despejada, y una escalera se enroscaba dentro del muro.

—¿Este es el túnel que va al pueblo? —preguntó Max.

—No —dijo Alfred—. Es la escalera que va al sótano.

—¿Y luego viene el túnel?

—Luego viene el sótano.

—¿Y después del sótano?

—Más sótano. La gente no para de pedir un túnel como si fuera una pizza.

Les explicó que la escalera bajaba por la zona del Dormitorio Real Rojo. Existía de verdad. La historia de un túnel hasta Nysted también existía. Pero una historia sobre un túnel no era lo mismo que un túnel.

—Bien —dijo Max—. Prefiero las escaleras que saben adónde van.

Bajaron. Ella le sujetaba la mano.

Había decidido dos cosas. Encontrarían el libro blanco. Y Max no se separaría de ella.

La escalera olía a ladrillo y un poquito a tostadas.

—¿Tenéis cocina aquí abajo?

—Ya no —dijo Alfred—. Pero todavía hay calor.

Abajo había una habitación redonda. En el suelo descansaba una vieja olla de hierro. La tapa daba saltos.

BUM.

BUM.

—Es una sopa muy enfadada —dijo Max.

Alfred quitó la tapa.

Algo escamoso saltó y aterrizó en medio del zapato de Ella.

Tenía el tamaño de un perro alargado. Cuatro patas, una cola y dos alas que parecían haberse quedado a medio desplegar. Dos cuernos pequeños le salían de la cabeza. De la nariz subía un hilo de humo.

Max retrocedió.

—Alguien le ha metido fuego al perro.

—Soy un dragón —dijo el animal.

Tenía una voz ronca y una postura muy erguida para estar encima de un zapato.

—Eres bastante pequeño —dijo Max.

—Tú estás bastante falto de alas.

El dragón intentó abrir las suyas. Una golpeó la olla.

CLONC.

—Hay que ponerlas en marcha.

Alfred se agachó.

—Te necesitamos.

—Yo necesito desayunar.

—Es de noche.

—Suele serlo cuando me despierto.

Max sacó el medio panecillo.

El dragón lo olfateó.

—¿Tiene queso?

—Tenía.

—Un tiempo verbal trágico.

Se tragó el panecillo e inspiró profundamente. La nariz empezó a temblarle.

—Atrás —dijo Alfred.

El dragón estornudó.

Un chorro de fuego cruzó el suelo. La punta del cordón de Ella se volvió marrón. En una esquina, una escoba vieja empezó a humear.

Alfred cogió un cubo y la apagó.

Durante un momento nadie dijo nada.

Entonces Max anunció:

—Te llamas Fnys.

En danés era la palabra para un resoplido. El dragón pareció ofendido.

—Antes me llamaba algo con Terrible.

—Fnys el Terrible.

Lo pensó.

—Puede servir.

En un estante había un libro pequeño. Alfred lo abrió por una página con la imagen de una carta antigua.

—Una copia —explicó—. En 1330 se escribió una carta en Aalholm. Así de antiguas son las huellas de este lugar.

Bajo la imagen estaba el nombre del castillo. Mientras miraban, una letra se volvió blanca.

Fnys adelantó la cabeza. Una nubecita caliente rozó la página.

La letra reapareció, roja como una brasa bajo la ceniza. Ella se olvidó del cordón.

—Hazlo otra vez.

Fnys sopló con cuidado. La palabra entera brilló.

—El aliento de dragón puede levantar la capa blanca —dijo Alfred—. Lo borrado sigue debajo. Hasta que se sequen las páginas.

Ella señaló la escoba.

—Pero nada de estornudos.

—Capto perfectamente la indirecta —dijo Fnys.

Sobre ellos crujió un escalón.

Un hombre alto con traje gris estaba en la escalera. Tenía la cara lisa. No le faltaban nariz ni boca, pero parecía dibujada por alguien a quien las personas no le interesaban mucho.

Llevaba guantes y un libro tan blanco que a Ella le dolían los ojos.

—Reptil desconocido —dijo mirando a Fnys—. Inflamable. Innecesario.

—El señor Blanco —susurró Alfred.

El hombre abrió el libro. Entre las páginas había una pluma estilográfica.

—Y ahora también niños en el sótano. Va a ser una limpieza larga.

Ella cogió a Max de la mano.

Fnys se plantó delante de ellos.

—Soy un dragón.

—Cuando termine, ya no —dijo el señor Blanco.

CAPÍTULO 04

# El rey puede, pero tú no

El señor Blanco apoyó la pluma en la página.

Alfred agarró la tapa de la olla y la lanzó.

No golpeó al hombre. Golpeó su pluma.

Una gota negra cruzó el aire y cayó sobre el guante blanco.

El señor Blanco se quedó mirándola.

—Mancha.

—¡Corred! —gritó Alfred.

Saltaron junto a él por la escalera mientras se frotaba el guante con un pañuelo. Fnys trotaba con sus patas cortas. Max quiso levantarlo, pero el dragón le mordisqueó la manga.

—No soy equipaje de mano.

En el escalón siguiente se rindió.

—Aunque, excepcionalmente, se me puede transportar.

Max lo llevó el resto del camino.

El señor Blanco no los siguió enseguida. Al parecer, mientras tuviera una mancha en el guante, no podía hacer nada más.

—Tenemos que acordarnos de eso —dijo Ella.

Entraron en un salón con nombres antiguos en la pared.

—No puede llegar aquí —dijo Alfred.

Ella reconoció el lugar por los papeles de su madre. Había nombres y símbolos de la visita de Federico II y la reina Sofía en 1585. Todo un séquito había dejado huellas.

Max miró la pared, indignado.

—¿El rey puede pintar en la pared?

—Por lo menos lo hizo —dijo Ella.

—Cuando yo lo hice, tuvimos que pintar la cocina entera.

Abajo, entre los nombres, había una pequeña cabeza de bufón.

Parpadeó.

Max le devolvió el parpadeo.

—Tienes algo entre los dientes —dijo la cabeza.

—¿Dónde?

—La lengua.

Max se rio tan de repente que Fnys dio un brinco entre sus brazos.

—Ha sido malísimo —dijo Ella.

—No tengo material nuevo desde antes de la patata

—contestó la cabeza.

Alfred explicó que en aquella pared antigua sí había un nombre y una cabeza de bufón. Pero la versión que hablaba pertenecía a la noche del castillo, como ellos.

—¿Has visto al señor Blanco? —preguntó Ella.

—Alto. Gris. ¿Cara de fiambrrera cerrada?

—Sí.

—Buscaba algo que se le había caído. Una ficha.

—¿Dónde?

—Venía del agua. De tan mal humor como un calcetín mojado.

En el suelo había un pegote de barro verde. Ella lo recogió con un papel.

—El foso —dijo.

Alfred miró de reojo a la ventana.

—Alguien vive allí.

—¿Un monstruo? —preguntó Max.

—A ella no le gusta esa palabra.

—Entonces es peligrosa.

—Depende de cuántas veces digas monstruo.

La cabeza del bufón se calló. Una línea blanca se acercaba a su cuello.

Ella apretó el papel con barro contra la pared. No sirvió de nada.

Fnys estiró el cuello y sopló una nube tibia sobre la cabeza. La línea retrocedió un poco.

—Se te da bastante bien —dijo Max.

El dragón se arregló un cuerno con una garra.

—Sé hacer muchas cosas que no terminan necesariamente con los bomberos.

Alfred apoyó la mano en la pared.

—Volveremos.

La cabeza intentó sonreír. Solo se movió una comisura.

—Traed un chiste —dijo—. Uno bueno.

Se apresuraron hacia el patio.

Ella había tenido una idea. Si la criatura del foso le había robado la ficha al hombre, quizá también pudiera robarle

el libro. Los dientes grandes tenían que servir para esas cosas.

Se lo dijo a Alfred.

—Todavía no has conocido a Bodil —contestó él.

—¿Bodil?

—Se puede llamar una Bodil y tener dientes.

Ella se volvió desde la puerta. En la pared, la boca del bufón estaba completamente blanca.

Ahora nadie dijo nada gracioso.

CAPÍTULO 05

# Bodil quiere una disculpa

El foso se extendía negro entre el castillo y los árboles.

Ella se quedó detrás de la barandilla. Max estaba muy cerca, con Fnys en brazos. El dragón miraba el agua.

—No voy a bañarme —dijo.

—Nadie te lo ha pedido.

—Son cosas que a la gente se le ocurren de repente.

Alfred golpeó una piedra con su llave.

—¿Bodil?

Una burbuja estalló en la superficie. Luego otra.

Una cabeza emergió del agua.

Era tan grande como un sillón. Dos ojos amarillos asomaban bajo un flequillo de plantas acuáticas. Alrededor de la boca sobresalían bigotes como cordones mojados. Cuando la criatura bostezó, Ella vio más dientes de los que quería contar.

Max levantó una mano lentamente.

—Hola.

—Buenas noches —dijo la cabeza.

Apareció el resto de Bodil. Tenía una espalda larga y oscura, y aletas anchas. Algo entre una foca y un autobús. El agua le resbalaba en chorros brillantes.

—Necesitamos un monstruo —dijo Ella.

Alfred cerró los ojos.

Bodil se hundió diez centímetros.

—Entonces poned un anuncio en el periódico.

—Solo quería decir que eres grande, y hay un hombre que...

—Aquí vienen muchos hombres. La mayoría quieren explicarme cómo tiene que estar el agua.

Se hundió un poco más.

Ella se acercó deprisa a la barandilla.

—Espera. Perdona. No necesitamos un monstruo. Necesitamos ayuda.

Solo los ojos seguían fuera del agua.

—Eso es otra cosa.

Ella contó lo del nombre de Alfred y la boca del bufón. Bodil escuchó. De vez en cuando expulsaba aire por la nariz y desplazaba un pequeño nenúfar.

—El hombre gris estuvo aquí antes —dijo—. Me llamó error en el paisaje.

—Pues eres bastante fácil de ver —dijo Max.

—Gracias.

—¿Le quitaste la ficha? —preguntó Ella.

—No. Se le cayó. Hay una diferencia.

Bodil se sumergió. Cuando volvió a salir, llevaba una caja de lata entre los dientes. La dejó con cuidado en las piedras, junto a Alfred.

En la caja había una cucharilla, tres monedas, unas gafas con un solo cristal y una ficha mojada.

—Objetos perdidos —dijo—. También tengo una bicicleta, pero no cabe en la caja.

Alfred sacó la ficha.

Arriba ponía B. Lo demás estaba cubierto por una mancha blanca. Debajo pudieron leer:

ARCHIVO NOCTURNO. TORRE SUROESTE.

Al final, con letra más pequeña:

RECORDAR DEVOLVER EL LIBRO AZUL A MAREN.

—¡Maren! —dijo Ella.

Fnys se inclinó. Su aliento caliente pasó sobre la ficha. Aparecieron unos trazos después de la B, pero desaparecieron antes de que Ella pudiera leerlos.

—Está muy mojada —dijo—. Y sabe a bicicleta.

De pronto Bodil miró detrás de ellos.

Al otro lado del puente estaba el señor Blanco.

Llevaba un guante limpio.

—Mi ficha.

Alfred la escondió a su espalda.

El señor Blanco arrancó una página del libro. Estaba vacía, pero se dobló sola en forma de pájaro. Luego arrancó otra. Y otra más.

Los pájaros blancos volaron hacia los niños.

—¡Abajo! —gritó Ella.

Un pájaro le golpeó el hombro. La tela de la chaqueta se volvió blanca donde la había tocado. Ella atrajo a Max hacia ella.

Bodil dio un aletazo en el agua.

Una ola se alzó por encima de la barandilla. Ella apenas tuvo tiempo de pensar que prefería ahogarse después de cenar.

Pero el agua cayó delante de ellos.

Los pájaros de papel se estrellaron contra ella. Aleteaban como un montón de mal humor dentro de un lavabo.

El señor Blanco saltó hacia atrás. Una gota le alcanzó el pantalón.

—Inaceptable.

—Es agua —dijo Bodil—. Vive aquí.

Alfred llevó a los niños hacia la puerta. Max consiguió sacar el botón del bolsillo y dejarlo junto a la caja.

—Para tu colección.

Bodil lo acercó con un bigote.

—Pero no se ha perdido.

—No. Es para ti.

La cabeza enorme se quedó completamente quieta.

Entonces Bodil asintió con muchísimo cuidado para no tirar a nadie del puente con el gesto.

—Llamadme si volvéis a necesitarme.

Dentro, Ella se secó la mejilla con la manga.

—Quizá podría haber cogido el libro.

—Nos ha salvado —dijo Max.

Ella lo miró. Estaba escurriendo la cola de Fnys mientras el dragón se quejaba del trato.

—Sí —dijo—. Lo ha hecho.

Ella también sujetó la cola que goteaba. Juntos llevaron a Fnys de vuelta con los fantasmas.

CAPÍTULO 06

# Una chica que doblaba sábanas

Había menos sillas en la sala de reuniones.

O quizá se habían vuelto invisibles. En cualquier caso, Poul estaba sentado por encima del suelo sin nada debajo. Se agarraba a la mesa y parecía tenso.

—Nada de movimientos bruscos —dijo.

La Dama Blanca estaba junto a la ventana. Su vestido ya solo ocupaba dos sillas.

Ella puso la ficha delante de Maren.

—¿Sabes qué es el libro azul?

La chica lo miró.

—Mi libro.

—¿Hay algo importante dentro?

—A mí me lo parece.

—Quiero decir, algo que pueda ayudarnos. Sobre el castillo o un camino secreto.

Maren dobló el borde de una sábana.

—No.

Ella sintió el picor de la impaciencia. Fuera, el borde del cielo se aclaraba.

—¿Dónde están los libros que cuentan todo lo que ha pasado aquí?

Alfred señaló un armario. Ella lo abrió y encontró un libro grueso con la imagen de un conde.

—Otto Ludvig Raben —leyó.

—Escribió un diario durante cuarenta y dos años —dijo Alfred—. En francés.

Max pareció preocupado.

—Entonces será mejor empezar ya.

Era un libro sobre el diario. Ella pasó páginas sobre invitados, paseos y música. Buscaba algo que sonara a combate. Un asedio. El plano de una habitación secreta.

—Pero si escribe sobre días completamente normales.

—Eran los que más había —dijo Alfred.

Max se había sentado junto a Maren.

—¿Qué pone en el tuyo?

—Palabras que practicaba. Cosas que quería recordar.

—¿Como cuáles?

Maren pensó.

—La primera vez que pude escribir mi nombre entero. Una receta de panecillos. Y una canción que mi madre cantaba cuando lavaba la ropa.

Ella alzó la vista. Los dedos de Maren estaban tan finos que se veían los cuadros de la sábana a través de ellos.

—El libro azul ya no estaba cuando llegó el señor Blanco —dijo Maren—. Pensé que lo había extraviado.

—¿Quién es B? —preguntó Max.

Maren siguió la letra de la ficha con el dedo.

—La persona a la que se lo presté. Escribía nuestras historias en el archivo nocturno. Era muy cuidadoso.

—¿Cómo se llamaba?

Ella abrió la boca.

Luego negó con la cabeza.

En la pared de detrás, un cuadrado se volvía blanco. La imagen desaparecía dentro del marco. Maren parpadeó como si le hubiera entrado algo en el ojo.

Ella dejó el libro del diario y se arrodilló ante ella.

—Cuéntanos lo de la canción.

—Creía que buscabas algo importante.

Eso dolió de una manera inesperada.

—Estaba buscando mal —dijo Ella.

Maren la miró. Luego tarareó cuatro notas pequeñas.

Inspirar despacio. Espirar despacio.

La canción hablaba de agua, de jabón y de una camisa que se negaba a quedar limpia. En la última nota, Max hizo un ruido como de manga enfadada.

Maren se rio.

Sus dedos se volvieron un poco más nítidos.

Fnys estaba sobre la mesa, envuelto en un paño de cocina. Intentaba secarse soplando aire caliente sobre su barriga. Una de cada tres veces cogía demasiado aire y empezaba a toser.

Max le tarareó la melodía de Maren.

—Prueba a hacerlo igual de despacio.

El dragón sopló durante la última nota larga. Una nube cálida y tranquila levantó una esquina del paño.

Nada de fuego.

Fnys lo repitió. El paño se secó.

—He inventado la música —anunció.

—Has aprendido una canción —dijo Ella.

—Por algo se empieza.

Ella se volvió hacia Maren.

—Encontraremos tu libro en la torre. Y te llevaremos a casa.

—Estoy en casa —dijo Maren.

Ella miró la habitación que se desvanecía.

—Entonces conseguiremos que puedas quedarte.

Maren le entregó la sábana. En una esquina tenía bordado un sol pequeño y torcido.

—Llévala para el libro. Se cae a pedazos si no se cuida.

Ella la dobló con cuidado.

En la puerta, Alfred los detuvo.

El pasillo hacia la torre suroeste había desaparecido.

Al otro lado no estaba oscuro. No había nada. Blanco sin paredes, suelo ni distancia.

Alfred metió la llave. La punta desapareció.

La retiró rápidamente.

—Por ahí no vamos.

Desde el parque llegó un silbido.

El caballo levantó la cabeza del último trozo de cortina.

—El tren —dijo Poul.

Ella los miró fijamente.

Por supuesto, los fantasmas también tenían un tren.

CAPÍTULO 07

# El ave que desapareció dos veces

Había otra salida a través de una sala con vitrinas.

—Podemos salir al jardín y llegar a la torre por fuera —dijo Alfred—. El tren atraviesa los recuerdos del parque. Así rodearemos los caminos borrados.

Ella tiró de la primera puerta. Estaba atascada. Un armario grande había caído delante por el otro lado. Se veía una esquina a través de una rendija.

En las vitrinas había aves. Pequeñas, grandes, largas, anchas. Una parecía un plumero que acabara de recibir malas noticias.

Max se acercó a un ave blanca y negra de pico grande.

—Hola, pingüino.

—Inténtalo otra vez —dijo el ave.

—Hola, pingüino enfadado.

—Alca gigante.

Estaba sobre una peana baja. Tenía las alas pequeñas pegadas al cuerpo.

Fnys levantó la cabeza por encima del brazo de Max.

—¿Las tuyas tampoco están terminadas?

—Son para nadar.

—Ah.

Fnys miró las suyas.

—De momento, las mías sirven sobre todo para chocar con ollas.

Ella leyó el cartel junto a la peana. Un conde de Aalholm había traído de Islandia un alca gigante disecada. Más tarde la habían vendido en una subasta en Londres.

—Entonces, ¿ya ni siquiera estás aquí?

—De día no. Estás hablando con un recuerdo.

El ave miró sus patas.

—Tampoco quedan alcas gigantes vivas. Desaparecimos porque los humanos se llevaron demasiadas.

Max puso la mano en el cristal.

—¿Todas?

El ave asintió.

Detrás de ellos crujió la puerta. El blanco se extendía bajo el marco.

Alfred empujó el armario por la rendija. No se movió. Sus manos atravesaban la madera.

—Ya no tengo suficiente fuerza.

Fnys se soltó y se plantó delante de la puerta.

—Pues la quemo.

—No —dijeron Ella y Alfred a la vez.

—Y eso que era un plan muy de dragón.

Max se tumbó en el suelo. Bajo la puerta había una rendija y, detrás, se veía una pata de madera del armario. Un pequeño trozo de madera en forma de cuña estaba atascado allí.

—Se ha quedado enganchado con eso.

Metió los dedos, pero no alcanzó.

Fnys se tumbó a su lado. Sus patas delanteras eran más cortas que el brazo de Max.

—Podría haber sido enorme —murmuró.

El alca gigante golpeó el cristal.

—Tienes una cola.

Fnys miró atrás como si fuera una noticia.

Se dio la vuelta y metió la punta de la cola bajo la puerta. La garra del extremo enganchó el trozo de madera.

—Un poco a la izquierda —dijo Max.

—¿Mi izquierda o la tuya?

—La de la cola.

Fnys tiró. La cuña salió. Ella y Max empujaron juntos y el armario se deslizó por el suelo con un largo chirrido.

Al otro lado olía a noche y a hojas mojadas.

—¡Vamos! —dijo Alfred.

Ella estaba medio fuera cuando descubrió que Max seguía junto a la vitrina.

El blanco había llegado a la peana.

—Va a desaparecer otra vez —dijo él.

Ella miró al ave y luego a la puerta. Oía el tren en el parque.

Entonces sacó la sábana de Maren y la extendió.

—¿Puedes saltar?

El alca gigante miró hacia abajo.

—Puedo intentarlo.

Alfred abrió la vitrina. Max y Ella sostuvieron la sábana entre los dos y el ave aterrizó en el centro con un golpe suave.

Estaba fría y pesaba poco, pero en su pecho notaban un pequeño movimiento, como si alguien llamara desde dentro.

La sacaron.

Alfred cerró la puerta. Por la ventana, Ella vio desaparecer las vitrinas una a una.

Fnys caminaba cerca de Max. La cola se balanceaba muy alta.

—También sirve para mantener el equilibrio —dijo.

—Y para estar orgulloso —dijo Max.

El dragón no respondió. Pero levantó la cola un poco más.

## CAPÍTULO 08

# Salida sin billete de vuelta

El tren esperaba entre los árboles.

Era una pequeña locomotora de vapor con vagones abiertos. El faro delantero iluminaba a través del tronco de un árbol. Los raíles aparecían unos metros delante de las ruedas y desaparecían detrás.

En el costado ponía STUBBERUP STRAND BANE.

—Antes circulaba un tren pequeño por este parque —dijo Alfred—. Entre el antiguo museo del automóvil y la costa. Esta noche circula por donde lo recuerdan.

El maquinista asomó la cabeza.

—¿Billetes?

—Nos están borrando —dijo Ella.

—A todos. ¿Tenéis billetes?

Alfred mostró su placa.

El maquinista entrecerró los ojos.

—Vigilante nocturno. Bueno. Personal y hasta dos niños. El ave paga suplemento.

El alca gigante estiró el cuello fuera de la sábana.

—Estoy disecada.

—Equipaje —dijo el maquinista—. Entonces vale.

Max subió a Fnys al vagón.

—Yo también soy equipaje —susurró el dragón.

—Creía que no.

—Solo cuando sale a cuenta.

El tren dio una sacudida, pero no avanzó. El maquinista miró dentro del hogar de la caldera.

—El fuego está olvidando cómo se arde.

Fnys puso una expresión que Ella no le había visto antes. Miró el hogar y luego a ella.

—¿Aquí?

El maquinista lo examinó.

—Si puedes apuntar al agujero. Los demás nos pondremos detrás.

El dragón trepó al borde. Alfred lo levantó el último trecho.

Max empezó a tararear, pero Fnys negó con la cabeza.

—No hace falta para este trabajo.

Olfateó su propia nariz mojada.

Estornudó.

El fuego saltó al hogar. La locomotora resopló tan sorprendida que la gorra del maquinista se levantó.

El tren empezó a moverse.

Fnys regresó tambaleándose junto a Max, que lo envolvió en la parte seca de la sábana.

—Creo que necesito sentarme a ser impresionante.

En la siguiente curva estaban la Dama Blanca, Maren, Poul, el hombre de la bandeja y el caballo.

Ella se levantó.

—¿Cómo habéis salido?

—Por la escalera de la cocina —dijo la dama—. La primera vez desde tiempos inmemoriales. No pienso convertirlo en costumbre.

—Nuestra habitación ha desaparecido —dijo Maren.

Miró la sábana que envolvía a Max, a Fnys y al ave.

Luego se sentó con ellos.

El maquinista miró al caballo.

—Eso no es equipaje.

El caballo lo atravesó y se instaló en el último vagón.

—Lo arreglaremos en la estación final —dijo él.

Siguieron. Las hojas pasaban, unas verdes, otras amarillas, otras blancas como el papel. De vez en cuando Ella veía el parque como quizá había sido: gente con sombreros, un niño con un helado, un hombre que corría detrás del tren y perdía un zapato.

Luego desaparecían.

Se sentó junto a Maren.

—El hombre al que prestaste el libro. ¿Era alto y gris?

—Alto —dijo Maren—. Pero tenía colores, como los demás.

—¿Podría ser el señor Blanco?

Maren apretó el borde del asiento.

—Se reía cuando yo cantaba lo de la camisa. El señor Blanco no se ríe.

Ella sacó la ficha mojada.

—Él tenía esto.

Maren tocó la B. Movié los labios, pero el nombre no llegó.

El tren frenó.

Delante, los raíles terminaban en blanco.

En el borde de la última traviesa estaba el señor Blanco, con el libro bajo el brazo.

—Esta línea está cerrada.

El maquinista levantó su gorra.

—Según mi horario, no.

—Su horario queda suprimido.

El papel que llevaba el maquinista se volvió blanco.

Ella se puso de pie. Temblaba, pero veía la torre entre los árboles, detrás del hombre. Casi habían llegado.

—¿Por qué quieres un castillo sin nadie dentro?

El señor Blanco se alisó la manga.

—Quiero orden.

—¿Orden para quién?

Por primera vez, no respondió enseguida.

Max arrancó con cuidado una esquina del papel con barro del foso. Ella lo había dejado a su lado en el banco.

Vio lo que él estaba pensando.

Quiso quitárselo. Decirle que se quedara sentado y que ella tenía un plan.

Pero no lo tenía.

Asintió.

Max lanzó.

El barro golpeó el zapato del señor Blanco.

El papel se quedó pegado. En medio del barro verde se veía con claridad la huella del pulgar de Max.

El hombre bajó la vista.

—Mancha.

—¡Todos fuera por el otro lado! —gritó Ella.

Saltaron del tren y corrieron entre los árboles. Alfred llevaba a Maren de la mano. Poul cargaba con el alca

gigante, que protestaba por la forma de sujetarla. El caballo iba el último, con la gorra del maquinista entre los dientes.

Detrás se oyó un furioso crujir de papel.

Ella miró atrás una vez.

El tren seguía sobre los raíles. El maquinista había puesto la mano en el silbato.

Sonó largo rato por el parque.

Luego desaparecieron tanto el tren como el sonido.

CAPÍTULO 09

# El libro azul

Llegaron a la torre suroeste por una puerta baja que Alfred mantenía abierta con el hombro.

Había estanterías del suelo al techo.

—El archivo nocturno —susurró Maren.

Ella cerró la puerta. Por dentro colgaba una pequeña pizarra. Tenía nombres escritos, pero la mayoría estaban borrados.

—En esta torre encontraron partituras antiguas —dijo Alfred—. En 1991. Partituras de verdad que alguien había guardado. Por la noche también se reúnen aquí todas las historias olvidadas.

Sobre una mesa había un estuche de flauta abierto. Al lado, una partitura. Encima habían dejado una nota escrita a mano:

SE PERMITE LA MÚSICA DURANTE LAS HORAS DE TRABAJO.

La firma empezaba por B. El resto era blanco.

—Eso lo escribió él —dijo Maren.

Puso un dedo sobre la nota, como quien toca una fotografía de alguien a quien echa de menos.

Empezaron a buscar.

Poul encontró la receta de una salsa con la que llevaba cien años enfadado. La Dama Blanca encontró una carta y se la metió de prisa en la manga.

—Privado.

Max encontró un cajón con un cartel que decía VARIOS.

—Aquí estoy yo —dijo.

Ella iba a sonreír cuando vio lo que había dentro.

Un collar de perro, un zueco roto y un libro azul con las páginas sueltas.

Maren cogió el libro con las dos manos.

—Ahí está.

Se sentó en el suelo y lo abrió.

En la primera página ponía MAREN con letras grandes y torcidas. Debajo, otra mano había escrito:

Ahora nadie podrá tener dudas.

Después había una B pequeña.

Maren acarició las palabras. Sus dedos se volvieron más oscuros, más claros de ver. Ella distinguió una vieja mancha de tinta en uno.

—Qué raro —dijo la chica—. Había olvidado que siempre me manchaba de tinta ese dedo.

Más adelante estaba la canción. Max tarareó las cuatro notas y Maren lo siguió.

Fnys sopló suavemente al ritmo. Las palabras pálidas de la página brillaron.

Ella se acercó.

El aliento del dragón hacía aparecer las palabras. La canción de Maren las mantenía allí. Se quedaron incluso cuando Fnys apartó la cabeza.

—Tenemos que hacer las dos cosas —dijo Ella—. El calor abre. La historia mantiene.

Sobre la mesa había un registro. Lo abrió.

Las primeras páginas estaban llenas de pequeños relatos. Un plato roto. Un cumpleaños. Un caballo que una vez había entrado donde no debía. Más adelante había cada vez más correcciones. Nombres tachados. Párrafos enteros cubiertos.

Al final solo ponía:

DEMASIADOS ERRORES.

Debajo:

VOLVER A EMPEZAR.

La última página estaba tan borrada que el papel era fino como la piel.

—Empezó por sí mismo —dijo Maren.

Estaba detrás de Ella.

—Decía que algo iba mal si las historias no encajaban. Yo le decía que las personas no siempre recuerdan igual. Pero él seguía corrigiendo.

Alfred miró por la ventana.

—Viene.

El señor Blanco cruzaba el patio. Llevaba el libro abierto en las manos. Detrás de él habían desaparecido los árboles.

Ella abrió del todo el estuche de la flauta. Bajo el instrumento había una hebra fina de lana verde.

—Su bufanda —dijo Maren—. La tejí yo. Me quedó demasiado larga.

Cogió la lana.

—Se la ponía de todas formas.

—Entonces quizá puedas recordar su nombre —dijo Ella.

Maren cerró los ojos. Apretó con fuerza el hilo.

Fuera sonó una voz:

—Todo material suelto debe entregarse.

Una línea blanca dibujó el contorno de la puerta.

Ella cogió el libro de Maren y lo envolvió en la sábana.

Luego abrió la ventana. Había agua abajo, tan lejos que dio un paso atrás enseguida.

—¡Bodil! —llamó.

El agua se movió.

Un ojo amarillo apareció al pie de la torre.

—¡He encontrado al dueño de la ficha! —gritó Ella—. Pero se ha olvidado de sí mismo.

—Eso explica su comportamiento —dijo Bodil.

—Tenemos que coger su libro blanco sin mojarlo. ¿Puedes esperar aquí?

Bodil asintió.

En la sábana que Ella llevaba en brazos brillaba el sol pequeño y torcido.

Empezaba a tener un plan.

Entonces se abrió la puerta.

## CAPÍTULO 10

# Max sin nombre

El señor Blanco estaba en el umbral.

Un zapato seguía húmedo. Miró a Max.

—Tú.

Ella se puso delante de su hermano.

—No puedes quedarte con su nombre.

—No necesito el nombre —dijo el señor Blanco—. Solo una huella.

Les enseñó el papel que Max había lanzado. En medio del barro estaba la marca de su pulgar.

Ella recordó el pájaro de papel contra su chaqueta. La mancha blanca seguía allí.

Huellas. Eso era lo que recogía.

El señor Blanco apretó el papel contra la página y deslizó la pluma por el libro.

Max se quedó callado.

Ocurrió despacio. Primero un zapato se volvió transparente. Luego el borde del pantalón.

—¿Ella?

Ella le agarró la mano. Seguía allí. Caliente. Pequeña. Con una uña que se había mordido demasiado.

—Te tengo.

—¿Cómo me llamo?

La pregunta le hizo más daño que un grito.

—Max. Te llamas Max.

Él la miró sin asentir.

Fnys saltó hacia delante. Alfred atrapó al dragón antes de que llegara al hombre.

—¡El libro! —gritó el vigilante—. ¡Nada de fuego!

El señor Blanco volvió a inclinarse sobre la página.

Ella se arrodilló delante de su hermano.

—Tienes siete años. Llevas cuatro piedras en el bolsillo.

La mano libre de Max buscó el bolsillo.

—Una parece una patata —dijo ella—. Dices que es rara porque todas las demás parecen piedras.

Él movió los labios.

—Lo es.

Un poco de color regresó al zapato.

—Le diste tu botón a Bodil. No quisiste dejar al ave en la habitación. Y descubriste que Fnys podía soplar siguiendo una canción.

Ella le sostuvo la mirada.

—Siempre te digo que escuches. A mí se me olvida hacerlo.

Max le apretó la mano.

—Ahora lo estás haciendo un poco.

—Sí.

Detrás, la Dama Blanca se colocó ante el señor Blanco. El vestido se extendió por el suelo.

—Está pisando mi parte arrastrante.

—Apártese.

—Entonces aparte el pie.

El señor Blanco miró abajo. Poul empujó una silla detrás de sus rodillas. El hombre de la bandeja vació una taza sobre su mano.

En la taza seguía sin haber nada.

—Perdón —dijo—. Vieja costumbre.

Fue suficiente para que el señor Blanco se volviera.

Ella le susurró el plan a Max. Luego a Alfred. Él miró hacia la ventana y asintió.

Ella dejó con cuidado el libro azul de Maren en el estante. Extendió la sábana delante de ella.

Fnys subió a la mesa.

—Necesitaré la canción —dijo. Su voz ya no era grande.

—La tendrás —dijo Max.

Alfred flotó detrás del señor Blanco. Maren levantó la hebra de lana.

—¿Recuerdas esto?

El hombre se quedó rígido.

Algo se movió junto a sus ojos, en la cara gris.

—Material suelto —dijo.

—Una bufanda. No sabía cuándo parar.

Maren sonrió nerviosa.

—Podrías habértela enrollado tres veces.

El señor Blanco levantó una mano hacia el cuello.

Alfred agarró la esquina inferior del libro.

El hombre tiró de él.

Pero el caballo asomó la cabeza a través de la pared y mordió su manga.

No fue un movimiento violento. Más bien de esos que hace un caballo cuando comprueba si un humano podría ser una cortina.

El señor Blanco soltó el libro.

Cayó en la sábana extendida.

Ella y Max apretaron las manos.

Las páginas hicieron un ruido seco.

El cielo de fuera se había vuelto gris claro.

—Lo tenemos —susurró Max.

Ella podía ver tres dedos en su mano.

Los otros dos habían desaparecido.

## CAPÍTULO 11

# Un libro entero lleno de personas

El señor Blanco se lanzó hacia delante.

Ella y Max levantaron la sábana por encima de la mesa. El libro se deslizó frente a Fnys y cayó abierto.

Las páginas estaban blancas.

Completamente blancas.

Ella había imaginado nombres que podrían leer en voz alta. Dibujos. Una lista. Algo que pudiera entender.

—Fnys —dijo.

El dragón tomó aire.

Maren empezó a cantar.

Max la siguió. Su voz era fina, pero las notas estaban allí.

Fnys sopló.

Un resplandor rojo se extendió por la página. Bajo el blanco aparecieron trazos. Letras pequeñas, cada vez más juntas. Ella vio ALFRED. Vio ruedas de tren y una cabeza de bufón. Vio las cuatro piedras de Max.

—Max —dijo—. Encontraste la piedra patata en la playa. No quisiste tirarla al agua porque las patatas no saben nadar.

Una cinta de luz se levantó de la página y rodeó el brazo de su hermano.

Sus dedos volvieron.

Max respiró tan hondo que sonó como un ronquido.

—Me acuerdo.

Puso su mano encima de la de Ella. Los cinco dedos estaban allí.

El señor Blanco se soltó del caballo. Alfred le cortó el paso, pero el hombre lo apartó.

—¡Parad!

Alargó la mano hacia el libro.

La punta mojada de un bigote apareció por la ventana y se enrolló en su muñeca.

Bodil se había estirado junto a la torre. Sus aletas delanteras agarraban el alféizar.

—Te agradecería que dejaras trabajar a los niños.

—¡Suéltame!

—Entonces deja de tirar del libro.

Lo sujetaba sin apretar. De la barbilla le goteaba agua al cubo que Alfred se apresuró a colocar debajo.

—En las páginas no —dijo Ella.

—Hago lo que puedo —dijo Bodil—. Estoy diseñada para trabajar en horizontal.

Fnys volvió a soplar. Maren seguía cantando, pero la voz le temblaba.

Había tantas palabras.

Ella leyó el nombre de Alfred. Max contó lo de la escobilla y el sombrero. Al otro lado de la mesa, los botones de Alfred volvieron a brillar.

La Dama Blanca puso una mano sobre un dibujo de su vestido.

—Lo llevaba cuando...

Se detuvo y miró a los demás.

—Es una historia larga.

—¡Cuente la versión corta! —dijo Ella.

Poul habló de su primera sopa, tan espesa que la cuchara se quedaba de pie. El hombre de la bandeja recordó de pronto a un invitado que había pedido trece tazas aunque solo eran dos.

—Me llamo Søren —dijo, asombrado—. Claro que sí. Me llamo Søren.

La luz subía del libro. Escapaba por la ventana, atravesaba el suelo y entraba en las paredes. Desde el parque llegó un breve silbido de tren.

Ella quiso pasar la página, pero estaba pegada.

Fnys retiró la cabeza. Le tembló la nariz.

Max dejó de cantar enseguida.

—Aquí no.

El dragón cerró la boca con fuerza.

—Lo sé.

La nariz volvió a temblar.

Max apartó el libro. Alfred levantó a Fnys y orientó el hocico hacia la ventana abierta.

—¡Agacha la cabeza, Bodil!

Bodil se agachó. Un estornudo lanzó un chorro de fuego sobre el agua vacía. Se apagó en el aire con un pequeño puf.

—Había dicho que nada de fuego cerca de mi peinado

—protestó una voz desde abajo.

—En realidad no lo habías dicho —contestó Alfred.

—Pues lo digo ahora.

—Lamento el volumen —dijo Fnys con voz ronca.

Se desplomó.

—No me queda más.

La última página seguía blanca. Estaba pegada a la cubierta. Ella intentó levantar una esquina con cuidado, pero no se atrevió a tirar.

El señor Blanco dejó de luchar.

—Esa es la mía —dijo.

Su voz sonaba distinta. Menos lisa.

Maren estaba muy cerca de él, con el hilo verde en la mano.

—Bernhard —dijo.

El nombre llegó con calma. Como cuando uno encuentra por fin algo que había estado delante todo el tiempo.

El hombre cerró los ojos.

—Te llamas Bernhard. Escribiste en mi libro que nadie podría tener dudas sobre quién era yo.

Él negó con la cabeza.

—Escribí cosas mal. Me equivoqué con las fechas. Olvidé personas.

—Entonces tenías que corregirlo —dijo Maren.

—Corregí y corregí.

Su mirada se desvió hacia las páginas blancas.

—Al final no quedaban errores.

—Tampoco quedaba nadie para leerlo —dijo Ella.

Durante un instante solo oyeron el agua gotear en el cubo.

Luego Bodil soltó su muñeca.

Bernhard se quedó quieto. Podía coger el libro. Ella lo sabía. Sujetó a Max y esperó.

En vez de eso, él se quitó el guante.

Tenía una mancha de tinta en el índice.

La miró mucho rato.

—Nunca se quitó del todo.

—No —dijo Maren—. Una vez probaste con arena. Fue una mala tarde.

Fnys levantó la cabeza. Max le puso las dos manos bajo la barriga y lo ayudó a acercarse a la última página.

—Solo un poquito —susurró—. No tienes que ser enorme.

Maren tarareó las últimas notas.

Fnys sopló. No una nube, solo una hebra caliente.

Bernhard apoyó la mano desnuda junto al borde del libro.

—Tenía miedo de que descubrierais que no podía recordarlo todo.

Bajo el blanco apareció un nombre.

BERNHARD.

—Yo te recuerdo —dijo Maren.

La página se despegó.

Un color verde se extendió alrededor del cuello del hombre. Apareció una bufanda, vuelta tras vuelta, hasta colgar casi hasta el suelo.

Max la miró fijamente.

—De verdad que no paraste —le dijo a Maren.

Ella empezó a reír. Luego lloró un poco. Luego volvió a reír, y Bernhard le sujetó la mano sin saber qué decir.

Alrededor sonó un suspiro profundo.

Bernhard se inclinó sobre el libro. Al soltarse su página, las demás se abrieron como un abanico. Leyó los últimos nombres. Donde dudaba, los otros ayudaban. Maren fue a buscar su libro azul y Søren señaló un pequeño dibujo de una bandeja.

—A ese también lo conozco —dijo—. Siempre se le caían las cucharillas.

Una tras otra, las últimas luces se levantaron del papel.

El castillo recuperó sus sombras. Los árboles volvieron a estar ante la ventana. En la pizarra junto a la puerta aparecieron nombres, uno a uno.

Ella repasó con cuidado las páginas del libro.

Ya no había nadie atrapado. Quedaban pequeñas huellas de tinta y de calor, pero todos los nombres habían vuelto a sus dueños.

Miró a Bernhard con severidad.

—Tienes que ayudar a poner el resto en su sitio.

Él asintió.

—Y nada de volver a borrar —dijo Max.

Bernhard dejó la pluma sobre la mesa.

—Nada de volver a borrar.

Fnys ya dormía. Tenía la cabeza sobre el libro azul de Maren y roncaba pequeños aros de humo.

Fuera, Bodil apoyaba la barbilla en el alféizar.

—¿Hemos terminado? —preguntó—. Porque tengo un calambre espantoso en la aleta izquierda.

CAPÍTULO 12

# Solo había pasado un instante

Alfred acompañó a los niños de vuelta.

Ahora los pasillos volvían a ser pasillos. Las puertas estaban donde debían y los retratos los seguían con la mirada de una manera casi corriente.

En el gran salón, el bufón había recuperado la boca.

—Os habéis tomado vuestro tiempo.

—Querías un chiste —dijo Max.

La cabeza lo miró expectante.

—¿Qué dice un dragón cuando le sirven sopa?

—No lo sé.

—¿Me la puedes poner ardiendo?

Fnys abrió un ojo en los brazos de Ella.

—Eso no es un chiste. Es una pregunta razonable.

El bufón se rio de todas formas. Primero una risita. Luego una carcajada que hizo saltar el gorro pintado.

—Me lo quedo.

Maren esperaba junto a la puerta roja con el libro azul bajo el brazo. Bernhard estaba un poco detrás, escribiendo en una hoja nueva.

Se la enseñó a Ella.

INVESTIGAR LO QUE NO SABEMOS.

Había una mancha en la esquina inferior. La dejó allí.

—Supongo que tendré que empezar por preguntar a la gente —dijo.

—Y escuchar la respuesta —dijo Ella.

Él asintió.

La Dama Blanca llegó flotando por el pasillo. Su vestido volvía a ocupar tanto sitio que todos tuvieron que pegarse a la pared.

—El maquinista ha vuelto. Desea saber quién pagará por el caballo.

—El caballo —dijo Max.

—Esa también fue mi propuesta.

Fnys se despertó del todo cuando Ella lo dejó en el suelo.

—Me voy con vosotros —dijo.

Ella miró a Alfred.

Él negó suavemente con la cabeza.

—Pertenece a la noche del castillo. Pero ahora sabéis dónde encontrarnos.

Fnys dio un coletazo.

—Entonces quisiera encargarse de las visitas.

Max se agachó.

—¿Con panecillos?

—Con queso. En presente.

Max asintió y puso una mano entre los cuernos del dragón.

—Eres el mejor dragón que conozco.

—¿Cuántos conoces?

—A ti.

Fnys lo pensó.

—Una mayoría clara.

Ella abrazó a Maren. Al principio fue frío y luego cálido, sin que pudiera explicar por qué.

Alfred abrió la puerta roja.

Al otro lado estaba la tarde corriente.

Ella veía la lámpara de trabajo de su madre. La gota seguía suspendida bajo el pincel.

Cogió a Max de la mano.

—¿Listo?

Él miró atrás una vez. Todos los fantasmas estaban en el pasillo. Fnys se sentaba delante, con el pecho hinchado. De su nariz subía un poco de humo.

—Sí.

Cruzaron.

La gota cayó.

Su madre se volvió.

—Bueno. Creo que ya es hora de comer.

Ella se lanzó a abrazarla. Max llegó por el otro lado y su madre casi dejó caer el pincel.

—¡Eh! ¿Qué pasa?

Ella quiso contarle todo. El libro, el tren, los dedos de Max. Pero se le cerró la garganta y solo pudo agarrarse a ella.

Su madre dejó el pincel y los rodeó con los brazos.

—¿Os habéis asustado?

Ella asintió contra su jersey.

—Pensábamos que no podríamos volver.

—Estoy aquí.

Se quedaron así un rato. Nadie les metió prisa.

Entonces Max levantó la cabeza.

—Necesitamos mucha comida.

Su madre se apartó lo justo para mirarlos.

—¿Por qué estás mojado? Y Ella, ¿qué le ha pasado a tu cordón?

Ella bajó la vista. La punta seguía marrón.

—Es una historia larga.

—Tenemos tiempo —dijo su madre.

Así que lo contaron.

Sentados en el suelo con bocadillos, hablaban los dos a la vez. Max empezó por Bodil. Ella por la puerta roja. Acordaron empezar por Alfred, pero entonces Max recordó que el panecillo era importante.

Su madre escuchaba. De vez en cuando preguntaba algo. Cuando llegaron al alca gigante, buscó en su teléfono una imagen del ave de verdad que había estado en el castillo.

—Tenía una cara más enfadada —dijo Max.

—A casi todos les pasa cuando los lleva un cocinero —dijo Ella.

Empezó a reír. Max la siguió y de pronto les costó parar.

Más tarde, su madre y Karl los acompañaron fuera. Junto al puente, Max se detuvo detrás de la barandilla.

En una piedra plana junto al agua estaba su botón.

Habían pasado un tallo verde por los agujeros y lo habían atado con un lazo. El botón parecía una medalla muy pequeña.

Karl se lo recogió.

—¿Tuyo?

—Lo regalé.

Max miró al agua.

Una burbuja estalló junto a la piedra.

—Gracias, Bodil —susurró.

Karl miró rápidamente hacia el foso. Luego se arregló el manojo de llaves.

—Será mejor que os vayáis a casa —dijo.

Ella se quedó un momento.

—Tú sí sabes qué hay detrás de la puerta roja.

Karl la miró. Las comisuras se le movieron un poquito.

—Sé que hay que llamar antes de entrar.

Dentro del castillo sonó un golpe lejano.

Luego una voz muy enfadada y muy pequeña:

—¿QUIÉN HA PUESTO LA TAPA?

Max sonrió durante todo el camino por el puente.

La próxima vez llevaría un panecillo entero.

Con queso.

# ¿Qué hay de verdad en la historia?

El castillo de Aalholm existe. Está cerca de Nysted, en la isla danesa de Lolland. Pero si visitas un castillo antiguo, no es seguro que te reciba un dragón. A lo mejor ha salido a comer.

En este libro se mezclan huellas reales del pasado de Aalholm con viejas leyendas y mucha imaginación. Aquí puedes ver qué pertenece a cada cosa.

## **La escalera oculta existe**

En la torre sureste hay una escalera de caracol escondida. Pasa por la zona del Dormitorio Real Rojo y baja al sótano. En cambio, el túnel que llega hasta Nysted es una leyenda. No está documentado. Los pasillos y las puertas de la novela son inventados y no sirven como plano del castillo.

## **En Aalholm se escribió una carta en 1330**

La carta más antigua que se conoce emitida en el propio Aalholm data de 1330. El libro con la copia que Alfred enseña a los niños se inventó para esta historia. Una carta antigua puede hablarnos de un lugar aunque quien la escribió no imaginara que unos niños leerían sobre ella muchos siglos después.

## **La visita real dejó huellas en la pared**

Federico II y la reina Sofía visitaron Aalholm en 1585. En una pared se conservan nombres y lemas pintados durante aquella visita. Un nombre aparece junto a una cabeza de bufón y una jarra. La figura se ha interpretado como un bufón de la corte. Que la cabeza cuente chistes es una invención de esta novela.

## **El caballo y la Dama Blanca vienen de leyendas**

Se han transmitido relatos sobre un caballo fantasma y una dama blanca en Aalholm. Aparecen, entre otras fuentes, en un libro sobre casas señoriales publicado en 1938. Que una leyenda sea antigua no demuestra que exista el fantasma. El apetito del caballo por las cortinas y las reuniones de la dama son pura fantasía.

## **El conde escribió un diario durante muchos años**

Otto Ludvig Raben escribió su diario en francés durante 42 años. Trata, entre otras cosas, de la vida cotidiana. Esos escritos nos ayudan a comprender a personas que vivieron mucho antes que nosotros. En cambio, el libro azul de Maren y el registro de Bernhard son ficticios. Ninguna de sus frases en la novela es una cita del diario del conde.

## **El alca gigante estuvo en Aalholm**

Frederik Christian Raben trajo de Islandia un alca gigante disecada en 1821. El ave se vendió después en una subasta en Londres, en 1968. Por tanto, no está en Aalholm en el presente de la novela. Los niños encuentran un recuerdo mágico de ella. El alca gigante fue una especie real de ave que no podía volar y que hoy está extinguida.

## **El tren pequeño circuló por el parque**

Stubberup Strand Bane era un pequeño ferrocarril que unía el antiguo museo del automóvil con la costa a través del parque del castillo. El tren del libro es una versión fantástica de esa antigua línea. Los raíles flotantes y la discusión sobre el billete del caballo solo existen en el relato.

## **Las partituras se encontraron de verdad**

En 1991 se descubrió una gran colección de partituras antiguas en la torre suroeste de Aalholm. Es una parte distinta del castillo de la escalera oculta de la torre sureste. El hallazgo inspiró el archivo nocturno de la novela. La canción de lavar de Maren se creó para esta historia; no procede de la colección de partituras.

## **¿Y Fnys y Bodil?**

Fnys, Bodil, Ella, Max, su madre, Karl, Alfred, Maren, Poul, Søren y Bernhard son personajes y criaturas inventados. Lo mismo ocurre con la noche del castillo, la puerta roja, el libro blanco y toda la aventura de los niños. No deben entenderse como relatos sobre empleados o habitantes reales y concretos de Aalholm.

Los datos históricos se contrastaron con los artículos históricos del propio castillo de Aalholm. Son textos de divulgación de su historia; el trabajo de esta novela no incluye una investigación independiente de los archivos originales. En las páginas siguientes se indican los artículos utilizados.

# Fuentes de las pistas históricas

Todos los artículos siguientes están publicados en danés en la web del castillo de Aalholm y se consultaron el 9 de octubre de 2026. Los enlaces se pueden abrir en las ediciones digitales del libro.

[El túnel secreto de Aalholm](#)

[La carta más antigua de Aalholm](#)

[La visita real y los nombres de la pared](#)

[El caballo fantasma, la Dama Blanca y el bufón](#)

[El diario del conde](#)

[El alca gigante de Islandia](#)

[Stubberup Strand Bane](#)

[El hallazgo de partituras en Aalholm](#)